Pez Banana

EJEMPLAR GRATUITO.
No.14



Pez Banana

DIRECTORIO

DIRECTOR EDITORIAL:
IVÁN BALLESTEROS ROJO

DISEÑO:
LEONEL LÓPEZ

CONSEJO EDITORIAL:
SALINGER (†)
MILTON ARAGÓN
BRUNO MONTANÉ
ÓSCAR BENASSINI
FRANCO FÉLIX
IMANOL CANEYADA

VENTAS:
JAVIER B. ESQUER
662.225.8560

CONTACTO:
@pezbanana1

pez.banana.5

pezbananamx



Foto: Muriel Vidrio, *Rompiendo semántica.*

WWW.PEZBANANA.NET

Registro SON 00183-05-14
Hermosillo, Sonora. Septiembre, 2014.

Pez Banana No. 14 es una publicación independiente. Las imágenes utilizadas tienen un fin didáctico y no lucrativo. Esta publicación es realizada por Editorial Tres Perros. El contenido de los textos es responsabilidad de sus autores. Se autoriza la reproducción y difusión por cualquier medio, haciendo referencia a la fuente. Tiraje 3000 números.



EDITORIAL

Esta publicación siente una enorme empatía por autores que han sabido permanecer fuera de foco. Fantasmas en la periferia creativa. Personajes que desaparecieron después de entregar su energía en la elaboración de un proyecto que no generó ecos y que quedó en la más subterránea de las marginalidades. Piezas que han sabido imponerse después de ser consideradas, por sus propios demiurgos, como rotundos fracasos. Maquinaciones que costaron la prematura jubilación, en el terreno literario, de sus creadores.

Es así que en este número 14 aparecerán las que quizá sean las primeras reseñas y artículos de obras que llevan más de una década resistiendo entre las sombras. Obras que han sido celosamente resguardadas por fieles y selectos lectores. Acá un poco de luz sobre autores sin prestigio, después de todo qué demonios es eso. Un poco de luz sobre faenas secretas, sugestivas y hermosas. Concebimos este despropósito editorial porque creemos que lo que aquí se rescata merecería ser parte de un catálogo más decoroso que el de la indiferencia.

COLABORADORES

MURIEL VIDRIO (VALPARISO, 1986). Fue artista visual, actualmente se dedica a gerontología en un hospital de la ciudad de San Francisco. En su corta carrera creativa expuso en la LA International Gallery, Loggia Threat de NY y el Museo de Arte Contemporáneo de Oaxaca. En 2006 estuvo en Sonora, donde realizó el proyecto "Breaking Semantics", obra que aquí rescatamos.

LEVIATÁN RODRÍGUEZ (SÁRIC, 1980). Es escritor y agente de turismo. Actualmente radica en la ciudad de Verona. Editorial La herramienta publicó en 2012 su libro de cuentos *Amor y crematorios*.

FRANCISCO LANDAVAZO (HERMOSILLO, 1985). Es escritor y docente. Actualmente trabaja en la organización Save the Children.

FRANCO FÉLIX (HERMOSILLO, 1981). Es editor y escritor. Colabora en revistas como *Vice*, *La Tempestad* y *Tierra Adentro*. Actualmente realiza una residencia artística en Buenos Aires.

SIDHARTA OCHOA (TECATE, 1984). Es escritora. Ha publicado *Tatema y Tabú* (Borrador Editores, Lima), *Estética de las emancipación* (H&B, San Diego, California), *Historia de las Feminazis en América* (Piedra Cuervo, DME, FONCA). Escribe la columna Los Huesos de Beckett en la *Revista Crítica* de la BUAP, colabora en *Shandy*, *Pez Banana*, el semanario *Liberación* en Suecia, *Homines* en España y *Bunkerpop* en Ciudad de México. Fundadora de Casa Editorial Abismos.

ALFONSO LÓPEZ CORRAL (NAVOJOA, 1979). Es escritor e investigador. Ha publicado los libros de cuentos *La noche estaba afuera* (Tres Perros) y *Musiquito del Talón* (Fondo Editorial Tierra Adentro).

CONCEPCIÓN MATAS ARENAS (SONORA, 1986). Investigador y filósofo. Ha publicado *El diablo dos veces* (Averno, 2013). Actualmente realiza una residencia en Birkbeck Collage, Universidad de Londres.

GRACIELA ITURRALDE (ANTIGUA, 1981). Es ensayista e investigadora del Centro Interamericano de Estudios Creativos en Lima, Perú. Ha publicado los ensayos *Seis autores destrozados* (Debate, 2009) y *El invierno del jardín* (Emece, 2012).

RENÉ LÓPEZ VILLAMAR (CIUDAD DE MÉXICO, 1979). Colabora como crítico literario y ensayista en publicaciones de México y España. Es editor de la revista *Tierra Adentro*.

ANÓNIMO HERNÁNDEZ (MAURICIO BARES). Ha publicado el libro *Apuntes de un escritor malo* (NITRO/PRESS, 2009).

“Significaría suponer que las palabras tienen como textura la materia del silencio”

—Bernard Noël

EL VERDADERO Y ÚNICO ASALTO A MONSIVÁIS

"...un amigo trajo a la conversación el famoso asalto que supuestamente sufrió (o más bien no sufrió) Carlos Monsiváis. Para mi sorpresa, lo contó en otra versión a la que yo conocía".
—Jonathan Minila

ANÓNIMO HERNÁNDEZ

Primero tengo que explicar por qué estaba yo en un café, dado que mi economía y mi bajo nivel de conversación son insuficientes para frecuentar animosamente esos lugares. Primero me dejaron plantado con el pago de una colaboración para una revista (no voy a decir cuál porque todas hacen lo mismo), lo cual me tuvo, a medio día, en la colonia Juárez con 20 pesos en el bolsillo. Segundo, como esa suma no alcanza para una cerveza en ningún sitio público (admito que pensé comprar una en un mini súper y beberla discretamente en un parque), decidí probar en un café que lucía tranquilo en espera de que por algún milagro mi pago se liberara horas más tarde. Y tercera, por mamón, es la verdad. Quería sentirme escritor y, sobre todo, parecerlo: para ello, sentarse en un café es elemental.

Pedí un expresso. Me pareció europeo, de escritor. El mesero me dijo que el sencillo costaba 12 pesos y el doble 18, al tiempo que reclinaba la cabeza y arqueaba la ceja para convencerme. Era una oferta que no podía rechazar: me sobraban 2 pesos para la propina. Además, el poderoso sabor del expresso me ofrecía el pretexto ideal para pasar algunas horas en espera de la liberación de mi pago. Así que ordené uno doble, saqué mi cuadernito, mi pluma y traté de esbozar algunos textos.

Mi primer desencanto sucedió cuando le di el primer sorbo a la tacita. Estaba tan cargado que no sabía si beberlo o aspirarlo. Me sentí sin posibilidad de terminarlo en, cuando menos, dos días. Las cosas pintaron peor cuando las mesas restantes fueron llenándose con gente ruidosa, un tanto estrafalaria, que pedía expressos y se los tomaba de un jalón, como vaqueros con whisky. Oh, oh. Yo apenas podía remojarme los labios y todo mi pequeño cuerpo se estremecía. Si acercaba la punta de la lengua, peor, me daban ganas de vomitar. A cada sorbo aumentaba el sudor, primero en las palmas de las manos, luego en la frente y sobre el labio superior, y después en otras partes que el pudor no me permite mencionar.

No podía escribir en los cuadernitos porque el sudor de las manos y de las perlas que resbalaban de mi frente humedecían el papel. Entonces, con el corazón latiendo a todo vapor y las ideas disparándose como locas por todos lados, aluciné que arribaba al lugar Carlos Monsiváis... Y no sólo eso, sino que después de un rato entraban unos ladrones (como era costumbre en esos días), cerraban el lugar y nos asaltaban a todos (a mí no, porque sólo tenía dos pesos para la propina), pero que en el colmo del delirio, los asaltantes le decían a Monsi: "A usted no, maestro".

Pensé: "como relato está un poco tonto, pero tiene posibilidades, incluso puede ser genial si logro trabajarlo bien". Traté de dominar el sudor ("quien domina la mente lo domina todo") y empecé a anotar en un cuadernito, cuando se armó un escándalo en el lugar porque entró al pequeño café un tipo con cara de orangután (o algo así, no soy bueno en zoología). Los ocupantes de una mesa gritaban: "Carlos, por acá, siéntate aquí", y todos le ofrecían una silla.

Nunca supe si era Carlos, porque si soy pésimo con los nombres (Pésimo Hernández), soy peor con los rostros, pero algo raro sucedía porque se iba cumpliendo cada cosa que imaginaba y trataba de escribir.

Se me ocurrió escribir un texto que fuera un metatexto donde fuera sucediendo aquello que el escritor redactara frase por frase. Preparé mi pluma y mi cuadernito, pero me asaltaron las dudas: ¿Debía ser un texto fantástico, es decir, no un disparate de la imaginación, sino algo que mostrara lo fantástico que puede suceder en la vida diaria? ¿O debía ser lo más realista posible, para mostrar que la realidad puede ser fantástica? ¿Ambas cosas eran lo mismo? Más aún, me asaltó la terrible pregunta: ¿Esto ya se hizo? Y la pregun-



Ilustración: Pablo Salazar.

ta fatal: ¿Estoy siendo honesto? Porque mi idea sólo era veraz parcialmente. Las cosas estaban ocurriendo como las pensaba, pero no tenía oportunidad de escribirlas porque el café me había acelerado tanto que me tenía paralizado.

Mi corazón era un caballo desbocado, mis manos se desaguaban y tenía muchas ganas de hacer pipí. No supe nada porque de pronto entraron unos enmascarados (cuatro o cinco), cerraron el lugar y dijeron que aquello era un asalto. No mamen, fue lo único que alcancé a decir en voz alta. Los canijos fueron mesa por mesa sustrayendo todo lo que podían: bolsas, carteras, celulares, alhajas (hermosa palabra), zapatos, libros. Y por supuesto que saquearon la mesa de Carlos. Y por supuesto que no le dijeron "maestro" ni nada, eran ladrones, no empleados culturales. Ahora bien: ¿Ladrones que leen a Monsiváis? ¿En el DF? Están la Santa Julia, Tepito, Bondojito, Peñón de los Baños, Tlaltenco, el Arenal y cien lugares más. Le bajaron la cartera, el reloj y el cinturón de marca. No le hicieron ningún caso a la pila de libros.

Yo estaba tranquis. Me dije: Tú, cool.

Incluso recapacité en que debía ajustar la idea de mi cuento: la realidad corrige lo que el autor va imaginando.

Entonces llegaron a mi mesa y uno de los ladrones me increpó:

—A ver, culero, dijimos que vaciaran los bolsillos. En chinga o te mueres.

Saqué la moneda de dos pesos y no supe si ponerla en la mesa o en sus manos, cuando el líder dijo:

—A usted no, maestro Monsiváis...

—No mamen, yo no soy...

—...a usted no.

—Llévense estos dos pesos... Hijos de su...

DIÓGENES

(EL PRIMER CONCEPTUAL)

Y LOS PERROS DEL CINISMO

CONCEPCIÓN MATAS ARENAS

Se dice que el arte conceptual es aquel que reflexiona sobre sí mismo. Un ente ideal más sustentado en el bagaje de su creador que en un producto final (o soporte). De allí que muchas de estas manifestaciones sean consideradas meras exégesis sobre temas determinados; y que para los desentendidos de las disposiciones contemporáneas, la mayoría de lo que se exhibe actualmente en museos y galerías sea una soberana estupidez. Globos que jamás se pinchan tendidos sobre una cama de cuchillos, un tiburón podrido en formol, imágenes desposeídas de significantes que se hacen acompañar de sesudos textos informativos, la foto de un cerro pelado. En la órbita en la que giran las obras conceptuales el registro referencial es la clave para mantener el sentido de su propósito.

Si bien el arte (entendido con la acepción que tanto defienden los puristas y académicos como búsqueda de belleza a través de la técnica) está cobrando fuerza de nuevo, pareciera una exigencia de nuestros tiempos los tratados y elucubraciones especulativas que acompañan la narrativa de las obras. Ya no se trata de generar actos puros de habilidad y lirismo. Hoy esos actos tienen que ir acompañados de tesis formales o marcos teóricos: filosofía de acné, diría Vicente Gris*. Una filosofía que invariablemente está destinada a señalar los excesos del capitalismo. Uno de esos excesos, podríamos citar aquí: las expresiones creativas vacuas financiadas y premiadas por instituciones públicas.

Para llenar los moldes de la representación conceptual del arte, como lo puede ser el performance, el happening, la intervención, la poesía visual, la instalación o la fotografía, entre otros; el creador inverna una idea, una metáfora a representar. Aquí la primer etapa, la del registro. Después de revisar el acervo con el que cuenta para desarrollar su temática, el autor crea su propia versión y en algunos casos, dicha versión resulta una mera apropiación de las ideas de otro autor (la apropiación sería la licencia poética de los creadores conceptuales).

Entendemos que con los *ready-mades* de Duchamp sucedió una especie de giro copernicano, esta concepción kantiana del conocimiento que explora más en el pensamiento que en el objeto del mismo. Al poner en tela de juicio el valor estético (y comercial) de la producción artística que se exhibe en los museos, *La fuente* (1917) no sólo evidenció el desgastado universo de las artes plásticas; de refilón puso de manifiesto la necesidad de cambio: un arte menos decorativo y efectista por uno cargado de cinismo y especulación intelectual. Pero hasta Duchamp sabía que los clásicos ya habían tenido esta reflexión (¿sobre qué tema no meditaron los helénicos?), y que la de ellos fue todavía más radical y punzante que la de él; por no decir que sucedió casi cinco siglos antes de nuestra era. Y para ser más específico fue con el discípulo de Antístenes, el gran cínico Diógenes de Sínope (412-323 a. C) que esboza con sus *actos de sabiduría* la manera conceptual de idear la manifestación creativa.

Si indagamos en Diógenes encontraremos que se le ha relacionado en estudios sobre el comportamiento con vagos y pirados que recolectan basura. Esos personajes que van desgarbados y sucios cargando una impresionante cantidad de bolsas con los objetos más inútiles. El síndrome de Diógenes, le llaman. Sin embargo este filósofo, de la vertiente socrática, era la antípoda de lo que hoy se presume. Sucede que el pensador, al contrario de compilar, se desprendía de cualquier artículo que no fuera absolutamente necesario para su existencia (aspecto que la conjura Shandy retoma). A Diógenes no sólo podríamos atribuirle el morral del primer artista conceptual y anticapitalista de todos los tiempos; también me atrevería a nombrarlo el primer anarquista punk de la historia. Pero eso es harina de otro costal. Para lo que nos ocupa basta con internarse en las fascinantes páginas de *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos ilustres*, de su homónimo, el historiador Diógenes Laercio (Siglo III d. C) y *Diógenes, el labrador del cinismo*, de Xiniades (234 a. C.). También podemos encontrar referencias de sus *performance* en *Los diálogos* de Platón (427- 347 a. C), pensador que consideraba a Diógenes un Sócrates desquiciado; además de una constante piedra en su zapato.

Entre los *happening* más célebres de Diógenes, el que más se cita es en el que salió por las calles de Atenas, con lámpara en mano, buscando hombres honestos, ya que en su camino sólo encontraba



Ilustración: Leoncoyote.

despojos: la provocación como rasgo fundamental en sus obras. Otro más fue cuando acudió a la Academia de Platón acompañado de una docena de perros, sus files compañeros. Al lograr ingresar al recinto con todos sus canes, Diógenes comenzó a actuar como un perro rabioso: mordía los muslos de los discípulos de Platón y los correteaba por los jardines de la Academia. Cuando Platón le preguntó por qué hacía tal cosa, Diógenes le contestó: "para que tus discípulos aprendan a respetar a sus líderes". La Academia de Platón era uno de sus lugares predilectos para fraguar *intervenciones*. Como la ocasión que lanzó pollos, que él mismo había desplumado, en el patio del liceo. Su finalidad era burlarse de la irónica definición de hombre que Platón le había dado a Sócrates: "el hombre: un bípedo implume". "Platón, acá te he traído algunos hombres", le dijo al finalizar su *pieza*.

Recordemos que Diógenes vivía en lo que hoy podríamos considerar una *instalación*. Rodaba con una enorme tinaja por las calles atenienses (De allí la idea de Chespirito en la configuración de su personaje más célebre, el Chavo del ocho). Resguardado allí mismo, escribía sentencias de las que no quedó registro. Cuando la gente le visitaba para pedirle consejo, algunas veces eran perseguidos por sus perros, y las otras hacía rodar su tinaja y les decía a la distancia alguna canallada que era tomada con humor y respeto. Se dice que cuando lo invitaban personas de clase alta a dar algún discurso, Diógenes acudía solamente para humillarlos. Como la anécdota en la que se narra la invitación a cenar que le hizo un rico comerciante, con la única cláusula que no escupiera en el piso de su casa (Diógenes era un gran lanzador de esputos). Después de comer, el primer creador conceptual juntó todas las flemas en su interior y las lanzó de un certero escupitajo en la cara de su anfitrión, argumentando después que no había encontrado un lugar más infame dentro de la casa en donde hacerlo.

Un crítico del poder, como queda registro cuando se le acercó Alejandro Magno (el hombre más poderoso en aquel mundo), que lo admiraba en secreto, presentándose ante él y ofreciéndole que le pidiera cualquier cosa. A lo que Diógenes contestó: "Cualquier cosa, entonces apártate, me tapas la luz del sol". Un incisivo constructor de actos sin obra. De parábolas incómodas y certeras. El corrosivo instrumentador de ironías que todo artista conceptual, y filósofo contemporáneo, sueña con llegar a ser.

*Gris, Juan. *Calcomanías del pasado, el ilustre viaje del arte hacia el vacío.* Ed. Toro cuántico. Barcelona, España, 1990.

LA POETA QUE SIN SABERLO SE CONSAGRÓ EN LOMAS TAURINAS

ZETA.- ¿Tú no hiciste ese dibujo, el del caballero águila?
Aburto.- "No. En ningún momento que yo me acuerde, no; ese dibujo no lo llegué a dibujar yo. Entonces permítame seguir platicándole todo esto.

Foto: Leonor Báez.

SIDHARTA OCHOA

Corría el año del 2010 y me asignaron entrevistar a una escritora originaria de Lomas Taurinas, su nombre era Alba Martínez. Tenía todo el perfil de un escritor real, es decir no se trataba de un escritor autorreferencial, burgués y literario. Su contexto era la calle y pertenecía a condiciones más parecidas a la de la mayoría de los mexicanos: clase media baja, familia que trabajaba jornadas extenuantes, ingresos de salario mínimo, etc. Con mucho esfuerzo – supuse- había logrado estudiar filosofía en la universidad donde yo también había estudiado. Me dijeron que tenía alrededor de 40 años, aunque su escritura parecía la de una mujer mucho más joven. No copiaba las muletillas de escritores de su generación y parecía haber leído vanguardias gringas sin caer en sus excesos.

El libro que había recibido por medio del editor del suplemento se titulaba: *Los cinco estados de Eros* (una novela, edición de autor) y otro más de ensayos editado por la universidad de nombre: *Tratado sobre el estilo.*

La erudición de la mujer era impresionante, disertaba en torno al canon literario de Bloom pasando por la gran novela norteamericana hasta llegar a la literatura persa contemporánea, donde citaba al poeta Mohsen Emadi. Sin duda mi favorito era el libro de ensayos; era casi imposible que la crítica mexicana no conociera esta obra, que no lo hubieran notado, que nadie comentara ese monumento a la inteligencia.

Conduje mi auto hasta esa trampa territorial que es Lomas Taurinas, en Tijuana, y me dirigí hacia la casa de la autora. La puerta la abrió una mujer de avanzada edad, jorobada pero muy simpática. En la sala se encontraban fotos de Alba con otros jóvenes en el Bar Turístico, otra más tomada en estudio fotográfico de un hombre mayor, quien supuse sería su padre.

El olor de la casa era como el que tiene la ropa que no se seca bien.

La anciana me dijo que pasara hasta el cuarto pues Alba se encontraba indispuesta. Me dirigí hacia donde me indicó; Alba era una mujer atractiva, aunque descuidada. El olor a ropa húmeda se hacía más intenso en su recámara. Me presenté, prendí la grabadora y le hice preguntas básicas como sus influencias literarias, su relación con el centro del país y la literatura mexicana, su opinión sobre escritores contemporáneos, etc. Dijo que no le interesaba socializar con autores, que jamás había pedido una beca y que mucho menos se le antojaba ir a encuentros, que sólo escribía para no morir "de realidad".

Esta entrevista se publicó en el Suplemento *Uno más Dos*, de Tijuana. Lo que me sorprendió realmente y que no mencioné en aquél entonces, fue que cuando le pregunté sobre poesía contemporánea citó autores de la etnopoética: Serge Pey, Rothenberg, Martuty Abbisay, entre otros. Luego se incorporó, fue hasta su cómoda y sacó unas hojas. Me las extendió.

- Estos son los únicos poemas que he escrito, te aseguro que se han publicado en cualquier medio, quizá se hayan publicado más que los poemas de Javier Sicilia, con la diferencia que los míos son más aberrantes. Me han robado la autoría, por cierto, estos bodrios los escribí hace 20 años.

Sus poemas se titulaban: *El Caballero Águila.* Inmediatamente reconocí los dibujos contenidos entre poema y poema. Yo tenía 10 años cuando mataron a Colosio pero durante casi un año el semanario *Zeta* publicó todos los textos del Caballero Águila, los dibujos y poemas que fueron atribuidos a Aburto, el asesino del candidato del PRI a la presidencia.

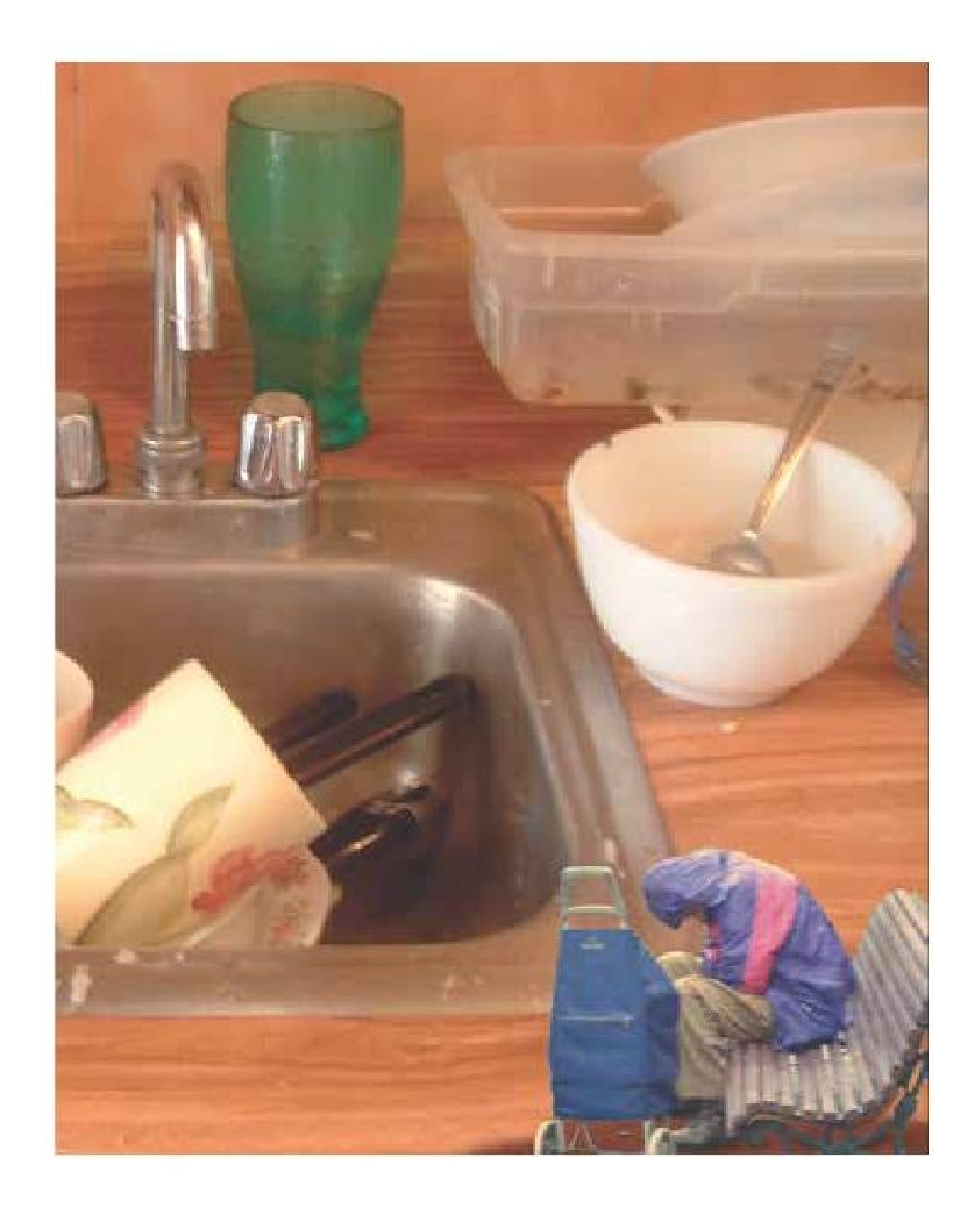
- Ya sabrás si lo pones en tu entrevista- me dijo.

Y se volvió a recostar para abandonarse a un sueño profundo.

MURIEL VIDRIO

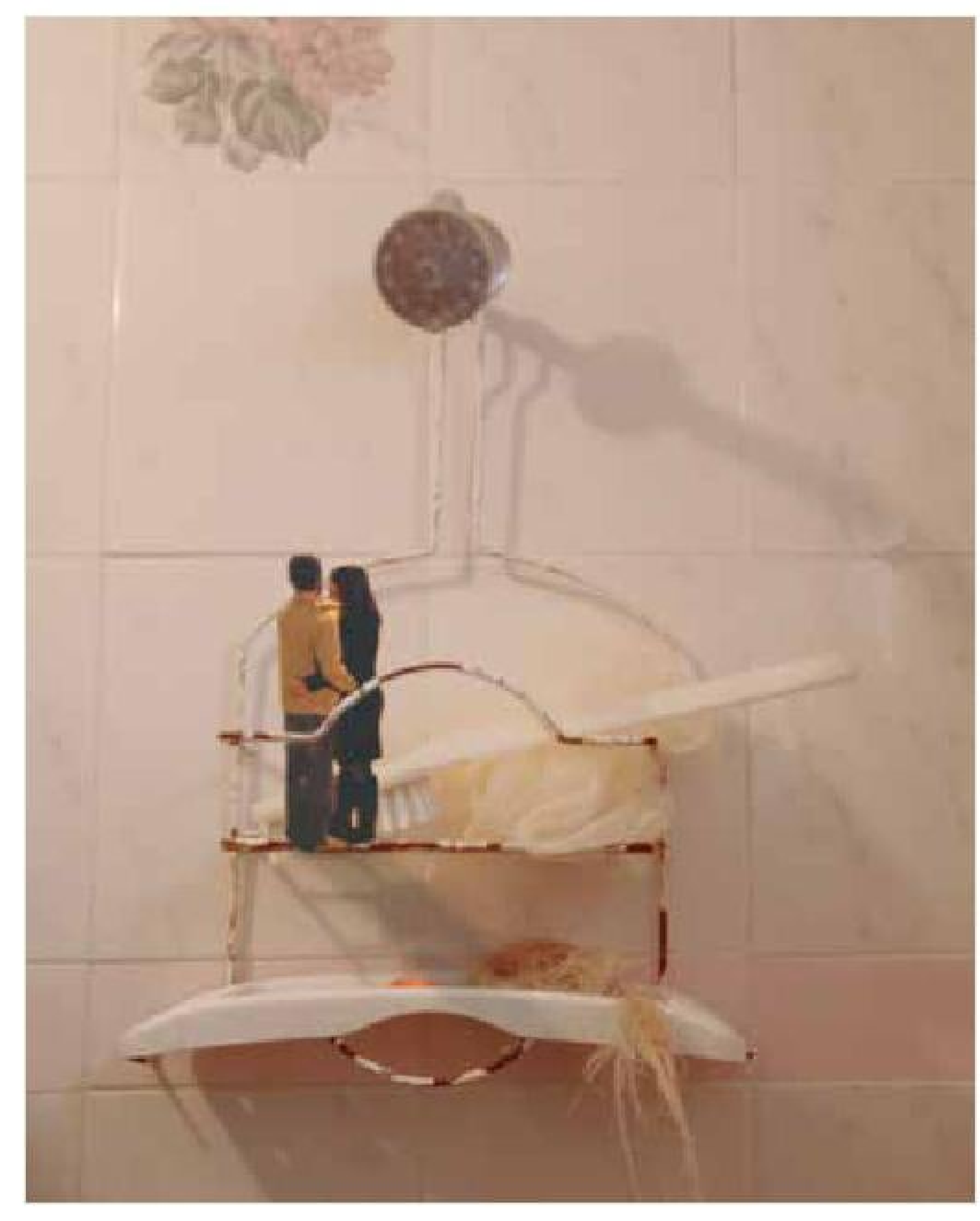
En 2006 la otrora artista visual, la chilena Muriel Vidrio, visitó Hermosillo invitada por un grupo de curadores en ciernes que tenían un proyecto de galería. En su estadía elaboró una serie de fotomontajes donde resalta la iconografía de Sonora. El proyecto se denominó 'Romper semántica'. Decepcionada por los rumbos que tomó su obra (y el arte en general) decidió abandonar su carrera creativa para dedicarse al cuidado de ancianos en la ciudad de San Francisco, donde radica actualmente. Rescatamos, en este número sobre creadores fantasma, los archivos que esta Bartleby de lo visual dejó a disposición de un proyecto de revista, antecedente de *Pez Banana*, que nunca vio luz.











Pez: puedes tomar las piezas que dejé en Sonora, después de todo se trata de mi pequeño mapa del fracaso.

—Muriel V.
San Francisco, verano de 2014.

MIGUEL ALFONSO CONTRA EL CANON

RENÉ LÓPEZ VILLAMAR

En una conversación sostenida entre Harold Bloom y un anónimo entrevistador de *The Believer* en 2011 quedó asentada la revuelta del catedrático de Yale ante la obra del chileno Miguel Alfonso. Al preguntarle sobre por qué había decidido eliminar al poeta de Valparaiso de la nueva edición de *The Western Canon* Bloom replicó: “I s[]it on his grave”. Esa ambigüedad semántica, que el entrevistador de *The Believer* no se atreve a resolver —si Bloom escupe o se caga sobre la tumba de Miguel Alfonso— ha sido motivo de incontables memes y gifs animados en redes sociales que han obligado al autor de *The Anxiety of Influence* a cerrar su cuenta de twitter. Lo que no ha cambiado, sin embargo, es el secreto sobre las razones de Bloom para eliminar a Miguel Alfonso del canon occidental. Algunos han aventurado —por ejemplo, Rafael Lemus en “Ya basta de angustias”[1]— que el motivo del enojo del crítico norteamericano se debió a su lectura de *El milagro de la Virgen de la Concepción* en la traducción que recién un par de años antes había publicado la Chicago University Press. “La lectura debió haberlo electrocutado”, escribe Lemus. No es de extrañar. La novela, creo, ha electrocutado a todos los que la han leído de una u otra forma, y no de buena manera. *El milagro* es una novela que debe lo mismo a Ernesto Sábato que al Marqués de Sade. Las primeras cien páginas de la novela, que transcurre en Montevideo en 1775, no dan ningún aviso de lo que se viene. Un noble, recién llegado de la península ibérica, se enamora de una joven local de particular encanto, hija de un rico comerciante. El noble —que es viudo— está buscando una nueva esposa puesto que su anterior mujer no le dio ningún heredero varón. El padre acepta que el noble corteje a la joven a regañadientes, pues sus negocios podrían beneficiarse de este posible matrimonio, le preocupa la reputación disipada del noble. Si bien la joven Lucía al inicio parece responder a sus avances, pronto el noble sospecha que ella tiene un amante.

Aquí es donde la novela cambia por completo. Loco de celos, el noble sigue a la joven hasta un eremitorio cercano a la ciudad. Pero lo que descubre muy pronto es que la joven no escapa de su casa por las noches para encontrarse con un amante, sino porque pertenece a una secta liderada por un personaje enmascarado que sólo se conoce como El Predicador. Es en este punto donde, en palabras de Vicente Luis Mora[2]:

> Si pensaron que ver *A Serbian Film* no podía tener un equivalente literario, que causara en los lectores los mismos niveles de repulsión y fascinación, piensen de nuevo. Entre estas dos obras hay similitudes sorprendentes. Más sorprendente, sin embargo, es el hecho de que Srđan Spasojević niegue haber leído la novela de Alfonso.

(Antes de que pregunten, no, Spasojević no pudo haber leído la traducción al inglés, que es posterior o al menos paralela a la producción de *A Serbian Film*, pero se sabe que existe una traducción al danés[3]). Lo cierto es que ciertos de los actos más escabrosos de esta película parecen calcados de los episodios centrales de *El milagro*. Igual de sorprendente resulta que a la fecha ningún crítico haya comentado la influencia de esta novela de Miguel Alfonso en *2666* de Roberto Bolaño, que resulta evidente en la temática y la forma —al menos me parece evidente a mí—, si bien, tampoco hay ninguna prueba de que Bolaño haya leído a su coterráneo en algún momento.

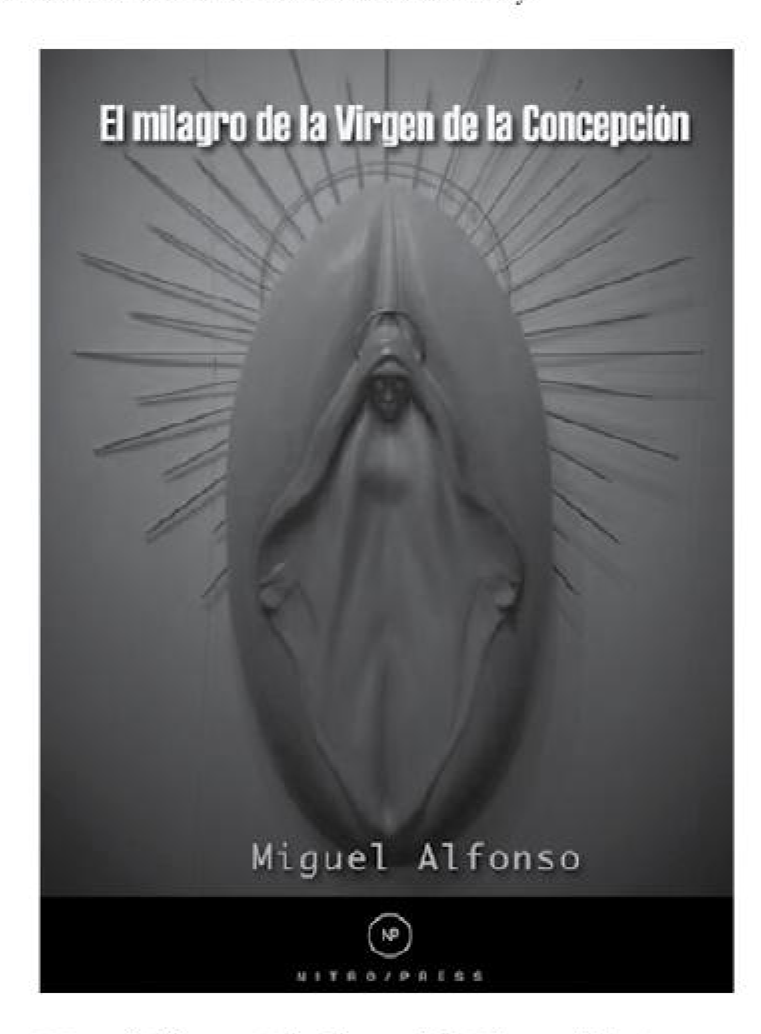
Me abstendré de tratar de resumir los episodios centrales de la novela, sólo diré que concuerdo sobre la fascinación que la prosa ejerce sobre el lector en esta parte central de la novela, que hace casi imposible que uno dejé de leer (si bien Vicente Luis Mora alega que no la terminó), a pesar de lo moral y —digamos— estomacalmente repulsivos de los actos que describe. Porque además no puede decirse que la narración no aspire a tener un significado más alto. *El milagro de la virgen de la Concepción* puede leerse a la vez un como alegato beckettiano sobre la ausencia de Dios, un manifiesto nihilista, una carta de amor y un tratado sobre las sombras y la crítica literaria —que, en la retórica de Miguel Alfonso, acaso sean la misma cosa.

Aunque quizá lo más sorprendente sea la quinta y final parte de la novela, que espero a estas alturas no arruinar a nadie, dado que se ha comentado hasta el cansancio en blogs y revistas literarias. Después de todos los horrores vividos en el eremitorio, que duran casi cuatrocientas páginas, aunque se supone que sólo pasan ahí una noche, la joven y el noble vuelven a Montevideo, donde ella acepta la propuesta de matrimonio y la fiesta nupcial abarca las últimas ochenta páginas. Sólo faltaría que la novela terminara diciendo “y vivieron felices para siempre”.

Sabemos muy poco sobre la vida de Miguel Alfonso, a quien Alejandro Zambra ha descrito en diversas ocasiones como "el Pynchon de la literatura chilena". *El milagro* es una obra rara también en el sentido de que fue publicada en edición de autor en Montevideo, durante una suerte exilio autoimpuesto que no produjo más obras, que terminó fatídicamente cuando Alfonso decidió volver a su país tras el golpe de estado. Las otras dos novelas de Alfonso, *El cazador* (1942) y *California* (1950), si bien coinciden en el largo aliento y la prosa hipnótica, son novelas realistas que no anticipan de ninguna forma lo que vendrá en esta tercera y última.

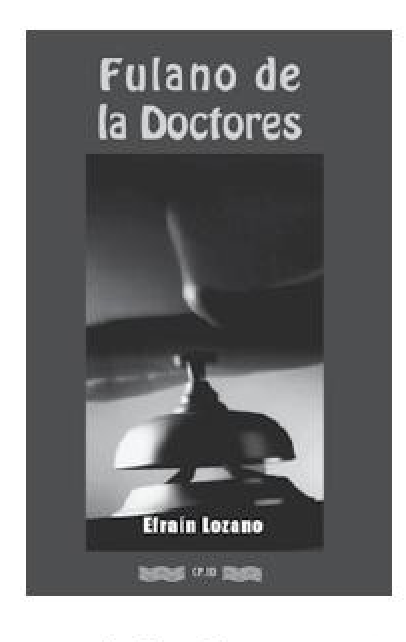
Con todo lo anterior, le quedará claro al lector de esta reseña que éste no es un libro para cualquiera. Es por ello que celebro particularmente la valentía de Mauricio Bares, editor de NITRO/PRESS, para arriesgarse a publicar esta novela en México. Las aventuras de Bares para hacerse de los derechos son dignas de contarse en otra parte. La edición, por cierto, incorpora un capítulo que se suponía perdido —al menos, no está en mi edición uruguaya, ni en la española— y que contra la costumbre de los capítulos perdidos, de hecho aporta nuevas luces sobre la relación entre El Predicador —lo más cercano a Hamlet que ha dado la literatura en español, según Michiko Kakutani— y la joven Lucía.

1. En rafaellemus.net/08–03–2011/ya-basta-de-angustias
2. En vicenteluismora.blogspot.com/2013/09/miguel-alfonso-y-el-plagio-gore-.html
3. Ver Google Books. http://books.google.com.mx/books/about/Mysteriet_om_den_Sorte_Madonna.html?id=nds-AAAAYAAJ&redir_esc=y



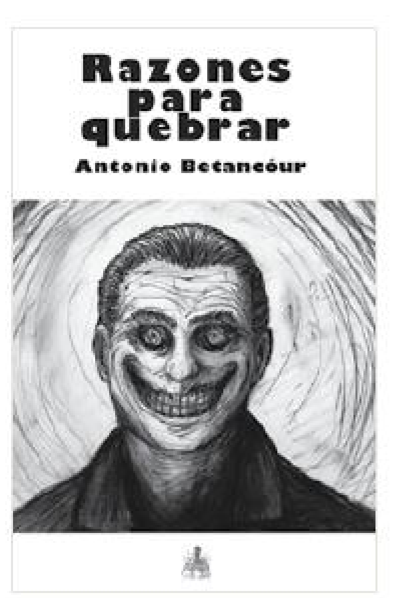
Miguel Alfonso, *El milagro de la Virgen de la Concepción*, México: NITRO/PRESS, 2014. (Primera edición, Montevideo: Editorial Valparaiso, 1954)

RECOMENDACIONES DEL PEZ



Efraín Lozano.
***Fulano de la Doctores* .**
Ed. Clima perfecto. 1992,
Ciudad de México.

Una de las rarezas más cáusticas que he leído es la novela *Fulano de la Doctores*, del guatemalteco Efraín Lozano (Antigua, 1945). Un libro, adquirido en un andador de libros de viejo ubicado en el Centro de la Ciudad de México, cuya portada me llamó poderosamente la atención: la imagen de un timbre, de esos que usan en los registros de los hoteles, manchado de sangre. Una imagen que por sí sola ya cuenta una tórrida historia. Una obra negra de la que no he encontrado registro por ningún lado. Como suele ocurrir con las publicaciones marginales, seguramente pasó desapercibida entre novedades de estantería. Lozano es (o era) uno de esos autores de lo terrible, como Javier Córdova o Emiliano Téllez. Narradores que no sólo exploran en lo más profundos extractos de las ciudades, sino que también lanzan sondas que conducen al lector hacia lo más supurante de la naturaleza humana. Con *Fulano de la Doctores* sucede algo parecido que con *El loco y la pituca se aman* (1988), de Córdova: uno no puede dejar de avanzar en la narración, a pesar que se esté topando con las historias más bajas, violentas e indignantes que se puedan leer. Discípulo enfermo de Dostoievski, a Lozano, donde quiera que esté, hay que reconocerle la construcción de un escenario brutal y una trama bien intricada sobre un pepenador asesino que recorre la colonia Doctores. Terminar la novela, una hazaña para las tripas. Bebés descuartizados, dulces viejecitas machacadas y un vicioso policía sin escrúpulos, González Rico. Literatura extrema, perdida entre autores que publican en editoriales de prestigio y que se sienten muy duros y malditos porque describen sus patéticas borracheras. (Leviatán Rodríguez).



Antonio Betancóur, genial fantasma .

El registro más cercano que he leído, en un autor mexicano, de mi ídolo, el uruguayo Felisberto Hernández, es Antonio Betancour (Aguascalientes, 1963). El hidrocálido es autor de culto entre los estudiantes de la facultad de Letras de la UAAC. Fue precisamente en un coloquio realizado por esa institución donde me pude hacer de un par de libros del escritor, los cuales fueron publicados por él mismo en un sello editorial bautizado como Ediciones El Pulpo. Los títulos: *Mi vida otra vez* y *Razones para quebrar* me parecieron obras magistrales. La primera, una novela elíptica. En el coloquio citado arriba, un estudiante presentó la ponencia: "Estructura narrativa a la Matruska, o la eterna elipsis en Antonio Betancour". Fue allí donde me interesé por leer a tan raro espécimen de literatura mexicana. *Mi vida otra vez* se trata de una novela donde el autor de desdobla, literalmente, frente al lector: "Mientras lees este inicio de novela, mi vida se va al carajo" es el arranque que atrapa y lleva, en una mezcla entre Felisberto Hernández y Thomas Berhard, hacia habitaciones oscuras y situaciones divergentes. Empleos basuras, auto conmiseración y una buena dosis de misterio, son los ingredientes de esta fantasmal y enigmática obra. Lo de fantasmal porque el genio narrativo de Betancour pasó desapercibido hasta en los lectores más underground de México. *Razones para quebrar*, por su parte, es un libro de relatos inquietantes. Textos que aparentan contar una historia sencilla, como la de un vendedor de lotería obsesionado con las mutaciones marcadas por un oráculo personal al que llama *I-Chingo-*. Para cada decisión que el personaje toma, consulta su oráculo, que invariablemente le marca efectuar actos cargados con un ligero voltaje hacia la maldad. Pequeñas travesuras en las que subyace otra historia, la del adversario, el némesis, el odiador que todos llevamos dentro. Una lástima que los libros del hidrocálido no sean distribuidos y devorados por más lectores que como yo, buscamos entre las rareza. (Graciela Iturralde).

MAGDALENA

ALFONSO LÓPEZ CORRAL

A*lguna vez ensayé un final feliz para mi vida*, así se titula el último libro de Valentín Rosales que acabo de recibir por correo hace apenas un par de días. Rosales, un autor sonorense prácticamente desconocido en el estado y el resto del país, ya tiene en su haber un libro de cuentos de corte fantástico, al cual no dudo en calificar de inolvidable, que circuló fotocopiado y engargolado entre unos cuantos agraciados. Gesto significativo a más no poder de un escritor obsesionado con los mundos generados por computadora. *Magdalena* es el nombre bajo el que recoge un conjunto de cuentos donde amalgama las paranoias de Philip K. Dick con la nostalgia de Stanislaw Lem, en un intento de recuperar el pasado a través de la nanotecnología, representada por un ubicuo sistema inteligente que intenta asirse al mundo físico valiéndose de un ejército de nanobots que le permite adoptar diversas formas y objetos (imagen de aquellas caricaturas de antaño, donde un enjambre de abejas era capaz de organizarse y tomar formas físicas, por ejemplo una mano gigante). Todos los protagonistas de los cuentos persiguen a este sistema inteligente y también maligno, y cuando lo obtienen descubren su maldición, Magdalena les trae al presente un recuerdo que se vuelve instante congelado, ciclado, de algo que creían haber dejado bien enterrado en su memoria, porque lo que al final recuperan no son sus momentos felices, sino aquellos momentos cruciales en que se esforzaron por dejar atrás lo que eran, su auténtico ser, que vendieron a la apariencia, al deseo, a la fama, al poder. Como personaje, Magdalena es la creación más sorprendente de Rosales y uno se estremece cuando ordena, al estar de huésped en uno de sus elegidos: "Que cada quien escoja su recuerdo y lo recuerde, que lance el filete sanguinolento al instinto de la memoria, la cadena está suelta." Entonces se destraban la quijada innumerables cajas de Pandora.



Rosales nos presenta esta vez una novela (también a unos cuantos amigos y también fotocopiada y engargolada) donde la memoria es ahora un ente que tiene como objetivo independizarse del cuerpo, valiéndose de un ejecutor implacable: Magdalena. El autor regresa a sus temas predilectos, pero se concentra en la memoria como un ente que busca ser autónomo, un verdadero sistema inteligente humano, pero sin las rebabas físicas que solo saben padecer el tiempo. Uno de los cometidos de *Alguna vez ensayé un final feliz para mi vida*, es hacer que regresemos (nosotros, sus lectores) a aquellos capítulos de nuestras vidas que por sanidad mental hemos vedado. Apenas voy por la mitad, porque el terror que se presiente dificulta mi paso por sus páginas. Ayer mismo la noche se me volvió insoportable, al punto de dejar el libro para otro día, cualquier otro día, o mes o año, cuando *Magdalena* me llevó casi maniatado a una época difícil de mi niñez. Espero poder escribir una crítica más completa (una crítica, no un capitulo miserable de mi vida) en cuanto sea capaz de darle fin. El problema es que para hacer una cabal comprensión de esta novela tenemos que obligarnos a una lectura de nuestra vida, algo a lo que muchos no estamos dispuestos a llegar, no por ahora. Por último, debo decir que he insistido mucho a Rosales preguntándole por qué no busca una mejor difusión para sus obras, ya no digo que las confíe a una editorial, al ahora tradicional formato del libro, sino que las lance al mundo digital y que se ganen su espacio por derecho propio. Creo que las reticencias y negativas que he obtenido por fin se aclaran en estas páginas de tinta negrísima y sin final feliz.

GREEN, WHITE & COLORADO IS THE SOLDADO FLAG

FRANCISCO LANDAVAZO.

Es la novela homónima, quizá la única publicada del escritor Manuel Noriega Arellano, aparecida de manera marginal en 1993 por la desaparecida editorial independiente Big Canyon Press. En ella se narra de manera autobiográfica la peculiar historia de Manny Contreras, un joven de ascendencia mexicana que comienza a subir en el escalafón del crimen organizado en la ciudad de Denver a inicios de la década de los 80's.

La trama se integra en cinco hilos narrativos que se bifurcan entre los hechos y sucesos descritos por Manny, y la intervención de una voz narrativa que en el epílogo de la obra se presenta como descendiente en el futuro de la familia Contreras. Mismo que encabeza una organización que ha logrado el dominio del poder mundial.

En otras palabras *Green, White & Colorado* es la historia post apocalíptica de cómo los mexicanos son los responsables del fin del mundo; no sin antes hacer una revisión de los distintos fenómenos culturales que conforman el estereotipo de los mexicanos en Estados Unidos: Migrantes indocumentados, Narcotráfico, Valores familiares, Música Norteña y Humor; elementos que se integran para dar forma a una historia de tonalidades tan absurdas como conmovedoras.

La trama inicia con el relato de Manny sobre el origen de la familia Contreras, al revelarnos que el apellido Contreras, al menos el suyo, no es de abolengo sino de chiripa, puesto que su linaje surge en algún lugar de Veracruz, donde Chucho el Roto, cuyo nombre verdadero era Jesús Arriaga asediaba con fines amorosos a una joven llamada Josefina Alva, y que ante los desaires de la chica, el personaje negaba sus sentimientos, que afloraban cuando se emborrachaba en las cantinas, situación por lo que le apodaron Chucho Contreras.

Derivado de ese hecho, el personaje manifiesta la identidad y mística delictivas que envuelven al linaje secreto del bandido legendario. Pues a través de la historia, los Contreras han sido una familia sustentada en la buena fortuna para el desarrollo de actividades ilícitas, y si ocasionalmente han enfrentado adversidades es porque algún integrante de la familia ha querido mantenerse dentro de la ley.

Es así como el relato nos conduce a la historia de Jesús Contreras, el padre de Manny, que llegó como indocumentado a los Estados Unidos a mediados de los años cincuenta y formó su familia en la ciudad de Denver, Colorado, siendo Manny el cuarto de cinco hijos, con los que Jesús pretendió formar un conjunto musical y heredarle a uno de sus descendientes el virtuosismo para tocar el acordeón.

Manny, quién podría considerarse una proyección del propio autor, se presenta como un adulto joven, que utiliza la pantalla de música para ocultar sus actividades como narcotraficante, y que observa una oportunidad de crecimiento profesional en el comercio de cocaína, que presenta un considerable aumento en su número de usuarios. No obstante la buena fortuna de Manny para sus actividades ilícitas, al personaje se le contrapone su infortunio en el amor, por lo que constantemente se ve involucrado en situaciones bochornosas que afectan la confianza que pueda tener en sí mismo.

Green, White & Colorado es una obra que desde el título nos remite a una abundante serie de reminiscencias culturales, con un desenlace monumental, en el que descubrimos al descendiente onírico de Manny, que no es otra cosa que una refuncionalización de la figura del dictador encumbrada en el siglo XX, un general de apellido Contreras que guarda evidentes paralelismos con personajes como Adolfo Hitler, Benito Mussolini, y Fidel Castro. Una obra que pese a su ingenio, se ha mantenido en el total anonimato, y que ha debido enfrentar la censura de la comunidad chicana que la consideró ofensiva al reforzar los estereotipos hispanos y del propio autor, que se ha mantenido en el más sepulcral de los silencios. Sin duda, toda una tentación para aquellos que buscan descubrir al *sugar man* de la literatura.



Ilustración: Leoncoyote.

ALBERT CAMUS
VS
THOMAS PYNCHON
EN MI CANCHA

FRANCO FÉLIX

Ha caído sobre mi rostro un libro de dos kilos. Específicamente sobre el pómulo izquierdo. La cosa es que me estoy cambiando de departamento. No son inusuales este tipo de accidentes, menos en plena mudanza. Se ha venido abajo el tornillo que sostenía una tabla que haría las veces de librero. El golpe ha sido inesperado, por supuesto, pero también epifánico. En el suelo, junto a los otros pobres caídos, *Extinción* de David Foster Wallace, *Todo está iluminado* de Jonathan Safran Foer, *La conjura de los necios* de Kennedy Toole, está el mezquino que me ha hinchado la cara con la esquina de su gigantesco lomo. Se trata de *El acoiris de gravedad* de Thomas Pynchon. Una edición gentil con materiales relativamente ligeros. Pienso en la brutalidad de las coincidencias. Es insoportable encontrarme con la palabra gravedad cuando mi rostro aún palpita por el porrazo. Cierro los ojos. Acaricio el libro de más de mil páginas que ha ocasionado el siniestro. Dibujo su perfil con mi índice, interrogo con la mirada a una de las cuatro esquinas que ha golpeado con fuerza mi hermosa fisonomía. Me imagino como un Newton de la modernidad a punto de hacer un efectivo descubrimiento para la humanidad.

Ahí me quedo, habito el suelo mientras llega la iluminación.

El televisor prendido sin público amenaza con el próximo partido mundialista. Estados Unidos contra Argelia. Imagino la potencia mundial sobre el equipo norafricano, un marcador a favor de la exasperante selección norteamericana. Cae sobre mí una coincidencia gramatical. Los dos países están al norte de sus propios continentes. Abrazo con fuerza el libro que me ha lastimado anteriormente, no me levanto. Sucede lo inevitable: una fuerza mayor a mí toma forma, se desliza por la habitación. Las cosas aún son peores. Percibo que los libros que han caído son los de mi propia selección de literatura norteamericana. Me arrastro un poco, lo compruebo, ahí están Saul Bellow, Kerouac, Fitzgerald, Sontag, Lovecraft, Highsmith, Cheever, Palanhiuk, McCarthy, Mailer, Salinger entre otros cadáveres esparcidos que alcanzo a ver en la alfombra junto a mí, en la escena del crimen. Me dibujo con la mente, trazo el contorno de mi cuerpo con un gis invisible. Tomo el libro de Pynchon, le pregunto qué más me espera. Abro una página al azar. Leo una escena en la que Pirata Prentice, uno de los personajes de la novela, organiza un festín con bananas. La escena es demencial, una

larga lista de recetas con bananas. Bananas fritas, bananas asadas, bananas al gratín, bananas con ingredientes varios para alimentar la milicia británica.

Siento que me he salvado, no puede haber una conexión más en el mundo con este ridículo comportamiento de Pirata. Hasta ahí hemos llegado. Le exijo al espíritu de la casualidad que desaparezca y me deje en paz. Busco algún objeto en los bolsillos para iniciar el exorcismo. No hay nada. Intento levantarme y el demonio me somete. Apunta al televisor que repite nuevamente el partido de mañana. Estados Unidos contra Argelia, dice otra vez el sujeto. La noche cae de pronto. Lo entiendo todo. Siento unas patéticas ganas de llorar.

En alguna conversación, algún escritor me comentó que Nabokov había resuelto que los escritores se morían de lo escribían. Como ejemplo: *Los hermanos Tanner*, el primer libro de Robert Walser en el que anticipa su propia muerte. Uno de los personajes encuentra muerto a su hermano y escribe: *...con qué nobleza ha elegido su tumba. Yace en medio de espléndidos abetos verdes, cubiertos por la nieve. No quiero avisar a nadie*. Así con Walser también, que fue hallado sin vida por unos niños que jugaban en la nieve.

Así con Albert Camus que escribió "No conozco nada más idiota que morir en un accidente de automóvil" a propósito de la muerte de un ciclista. Un día después, lo terrible: el autor de *La peste*, se estrelló en un carro, junto a su amigo Michel Gallimard –que sobrevivió- contra un árbol de bananas. Aviento el libro de Pynchon y su caída es aún más lenta que al principio. Ralentizado, el libro avanza en el aire mientras imagino cómo sacan al pobre Camus de un bólido partido en tres partes. Las coincidencias no han terminado, me digo, viene lo peor.

Foto: Federico Garolla.

Albert Camus fue uno de los mejores porteros que ha tenido el club RCA (Racing Universitario de Argel), suponía que todo lo que había aprendido sobre la moral y las obligaciones del hombre se lo debía al deporte que celebran en Brasil actualmente. El arquero de Argel, el niño que jugaba futbol descalzo porque su pobre madre sorda no tenía para comprarle unos zapatos, el buen Camus, dijo en varias ocasiones que hubiera preferido mantener su carrera de futbolista sobre su profesión de escritor pero que lamentablemente la tuberculosis se lo había impedido.

Quién sabe, de haber podido seguir en el deporte, Camus quizá ahora sería el director técnico de la selección de Argelia. Tendríamos otro nombre en la fofa lista del premio Nobel de Literatura, el DT norafricano no se llamaría Rabah Saadane, y su mirada estaría tan vacía que desplomaría a los rivales con un solo guiño. Los once jugadores en la cancha harían un juego absurdo y algo estaría muy mal dentro de la cancha, los contrincantes se enfrentarían a hombres sombríos y los espectadores sentirían unas profundas ganas de vomitar.

Eso, digo, si Camus –sin tuberculosis- no se hubiera estrellado contra un árbol de plátanos. Las cosas serían muy distintas mañana en el partido Estados Unidos vs Argelia. El xenofóbico de Donovan se vería ridiculizado por una selección imparable de extranjeros. La bella venganza contra la ley 1070, la venganza contra el Pynchon que me ha lesionado junto a esta selección abrumadora de autores estadounidenses que yace en el suelo, sin nieve, en medio de una alfombra verde, sin abetos. Yo tampoco quiero avisar a nadie. Me levanto como puedo, voy a mi clasificación de literatura francesa, tomo el primer libro de Albert Camus, luego elijo once libros de los que están tirados y los acomodo a lo largo de una cancha que dibujo en el suelo otra vez con el gis invisible. Coloco a Camus en la portería, en esta ocasión el disparo de Thomas Pynchon al frente será detenido en el arco. Larga vida a la selección de Argelia.

Franco Félix. A diferencia de Albert Camus, fue delantero como Thomas Pynchon. Distinto a Camus, otra vez, dejó su carrera futbolística cuando en pleno partido repetía en su mente "Raskolnikov no la mató, Raskolnikov no la mató, sólo es una figura literaria de Dostoievksi, la viejita está viva" mientras los zagueros contrarios atravesaban a toda velocidad su marcación. Fue campeón de goleo en el club Los Vacíos de Hermosillo en 1997.

Comparecen Funcionarios ante el Congreso



Para conocer al detalle los programas, inversiones y acciones presupuestadas para beneficio de la población en Sonora, diputados de la LX Legislatura llevaron a cabo comparecencias con funcionarios estatales.



El diputado José Luis Marcos León Perea, presidente de la Comisión Vigilancia del Instituto Superior de Auditoría y Fiscalización, señaló que las comparecencias se derivan de las observaciones de la cuenta pública del Gobierno del Estado de ejercicios fiscales anteriores.

El diputado León Perea destacó el acuerdo de la Comisión de Vigilancia del Instituto Superior de Auditoría y Fiscalización para, en cumplimiento de la Ley, establecer un calendario para invitar a los funcionarios estatales y darle seguimiento a las observaciones.



Es nuestra obligación como Poder Legislativo, dijo, esclarecer los puntos detectados por el órgano fiscalizador, en este caso de ejercicios fiscales aplicados.

Los trabajos en el seno de la Comisión de Vigilancia del ISAF iniciaron con el Secretario de Gobierno, Roberto Romero López y continuaron con René Luna Sugich, del Fondo de Operación de Obras Sonora SI; Teresa de Jesús Lizárraga Figueroa, directora general del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado.



Posteriormente, Héctor Ortiz Ciscomani, Secretario de Agricultura, Ganadería, Recursos Hidráulicos, Pesca y Alimentación; y Prisciliano Meléndrez Barrios, Director General de Transporte en el Estado.